

da parecieron animarse y batir sus alas como si hubiesen querido saludar el regreso del último vástago de la familia que habian simbolizado durante tantos siglos. Oyóse un relincho prolongado parecido al son de un clarín: era Bayardo que desde su establo olfateó á su amo y arrancaba de sus viejos y asmáticos pulmones tan estrepitosa tocata.

—Ya te oigo, Bayardo,—dijo Sigognac descabalgando y tirando las riendas á Pedro;—voy á verte.

Y se dirigió hácia el establo, al llegar cerca del cual peligró caerse: una masa negruzca se enredó entre sus piernas maullando, roncando, y arqueando el lomo. Era Belzebú que expresaba su alegría por cuantos medios la naturaleza ha dado á la raza felina. Sigognac lo cogió en brazos y lo levantó á la altura de su rostro. El gato estaba en el colmo de su dicha; sus redondos ojos despedían chispas fosfóricas, abría y cerraba las garras á impulsos de estremecimientos nerviosos, se estrangulaba á fuerza de roncar desesperadamente y apretaba con una pasión desenfrenada su nariz, negra y granuda como la trufa, contra los bigotes de Sigognac. Después de acariciarlo bien, pues no desdeñaba los testimonios de afecto de humildes amigos, el Barón colocó delicadamente en tierra á Belzebú, y entró á ver á Bayardo por cuyo cuello y grupa pasó repetidas veces la mano dándole cariñosas palmadas. El buen animal ponía su cabeza sobre el hombro de su amo, rascaba el suelo con las patas y se esforzaba en hacer una y otra corveta. Cuando instalaron á su lado el jaco en que habia regresado Sigognac al castillo, acogiólo perfectamente bien, seguro del afecto de su amo y tal vez satisfecho de entrar en relación con un animal de su especie, cosa que no le habia sucedido hacia mucho tiempo.

—Ahora que he correspondido á los cumplidos de mis bestias,—dijo Sigognac á Pedro,—no estará fuera de lugar que vayamos á la cocina á ver qué encierra tu despensa; he almorzado mal, pero no he comido, queriendo llegar al término de mi viaje antes que viniese la noche. En Paris he per-

dido algo mis sobrias costumbres, y no sentiria cenar, no fuese más que un mendrugo de pan.

—Señor, hay un resto de torta de maíz, un poco de manteca y queso de cabra, manjares por cierto silvestres y rústicos que quizás no os sepan bien despues que habeis probado la cocina parisien; pero si no son agradables al paladar, impiden cuando ménos que uno se muera de hambre.

—Es todo cuanto puede reclamarse de los alimentos,—respondió Sigognac,—y como yo no soy, como parece que tú piensas, ingrato hácia los sencillos manjares que han sostenido mi juventud y me han criado sano, avisado y robusto, sírveme tu torta, tu manteca y tu queso con el orgullo de un mayordomo que llevase en fuente de oro un pavo haciendo la rueda.

Tranquilizado sobre este punto, Pedro se apresuró á cubrir con un mantel de grosera tela, pero limpio, la mesa donde Sigognac tenia la costumbre de hacer sus más que modestas colaciones; colocó á un lado el vaso, al otro el pote de asperon lleno de una bebida ácida y delante de su señor la torta de maíz, y se colocó detrás de este como un mayordomo que sirviese á un príncipe. Según el antiguo ceremonial, Miraut, sentado á derecha sobre sus patas traseras, y Belzebú, acurrucado á izquierda, miraban con éxtasis al barón de Sigognac y seguian los viajes que su mano hacia del plato á su boca y de su boca al plato, esperando que cayese algun bocado que aquel les arrojaba sin preferencias.

El cuadro singular que acabamos de trazar estaba iluminado por la tea, que Pedro habia fijado en un garfio empotrado en el interior de la chimenea para que el humo no se esparciese por la estancia, y reproducia con tanta exactitud la escena descrita al comienzo de esta verídica historia, que el Barón, admirado de tal semejanza, imaginóse haber soñado cuanto le habia ocurrido y por lo tanto no haber jamás salido de su castillo.

El tiempo, que en Paris se habia deslizado tan rápido y tan

lleno de emociones, parecía haber detenido su curso en el castillo de Sigognac. Todo permanecía en el mismo sitio. Las arañas seguían dormitando en los rincones mecidas en sus negruzcas hamacas, esperando la problemática venida de alguna mosca; y aun hubo algunas que, descorazonadas y hambrientas, no habían cuidado de recomponer sus telas, tarea por otra parte imposible para ellas de llevar á cabo toda vez que por carencia absoluta de sustancias no podían fabricar el hilo. Sólo las ortigas y las cañahejas del patio se habían desarrollado, la yerba que rodeaba las losas era más alta, y la rama de un árbol que antes apenas llegaba á la ventana de la cocina, echando un nuevo retoño se había introducido por la armadura de un vidrio roto. No había otra novedad.

— Apesar suyo, Sigognac se sintió presa de profunda melancolía. Sus antiguos pensamientos le volvían en tropel, y se perdía en delirios mudos que respetaba Pedro y que no osaban turbar Miraut y Belzebú con caricias intempestivas. Cuanto le había pasado no le hacía más efecto que aventuras que hubiese leído y cuyo recuerdo le hubiese quedado vagamente impreso en la imaginación. El capitán Estruendo, medio olvidado ya, le aparecía sólo como un pálido espectro emanado y desprendido de él para siempre. Su combate con Vallombreuse únicamente se dibujaba en su memoria bajo la forma de una gesticulación extraña en la que su voluntad no había tomado participación. Ninguno de los hechos que le acaecieron durante su ausencia del castillo le parecía relacionarse con él, y su regreso á la morada de sus antepasados había roto los hilos que unían aquellos á su vida. Únicamente su amor hacia Isabel permanecía inalterable, mas aun como una aspiración del alma que como una pasión real, toda vez que tenía que renunciar á la que era objeto de su pasión. Comprendió que la rueda de su carro lanzado por un momento en un camino distinto había caído de nuevo en su rodada fatal, y se resignaba á ello con un abatimiento tranquilo.

Echábase sólo en cara el haber sustentado algunos minutos de esperanza y de ilusión, y sido bastante majadero para querer ser dichoso siendo desgraciado.

Sin embargo logró sacudir su embotamiento, y fijando sus ojos en los de Pedro, que tímidamente expresaban el deseo de saber qué había ocurrido á su señor durante su ausencia, explicó á grandes rasgos al fiel criado los hechos más culminantes que en esta historia se narran. Este, que escuchaba á Sigognac con atención religiosa, animóse de tal manera cuando el joven le relató los dos duelos que había sostenido con Vallombreuse, y reflejó en su semblante tal orgullo y satisfacción por haber formado tal discípulo, que no sabiendo traducir de otro modo los sentimientos que le dominaban, simulaba contra la pared, con un palo que cogiera, los golpes que el Barón le describía.

— ¡Ah! mi buen Pedro, — dijo Sigognac suspirando, — tú me enseñaste perfectamente todos esos secretos de la esgrima que nadie como tú posee; pero mi victoria me ha perdido y arrojado por mucho tiempo, tal vez para siempre, en este pobre y triste castillo. Sí, Pedro, yo gozo del triste privilegio de hallar la ruina y el anonadamiento en el triunfo cuando otros sacan de él honra y provecho. Más me hubiera valido verme herido, muerto, en este funesto duelo.

— Los Sigognac, — repuso sentenciosamente el anciano criado, — son invencibles. Sobrevenga lo que sobrevenga, señor, estoy contento de que hayais muerto á ese Vallombreuse, á quien, estoy de ello seguro, habeis quitado la vida en toda regla. ¿Qué puede objetar un hombre que muere de una buena estocada, estando en guardia?

— Nada, ciertamente, — respondió Sigognac, á quien la filosofía del anciano maestro de armas hacía sonreír; — pero enciende la lámpara y acompáñame á mi dormitorio; estoy algo fatigado.

Pedro obedeció, y el Barón, precedido de su criado y seguido de su perro y de su gato, subió lentamente la vetusta

escalera de frescos medio borrados y pasados de tono. Los Hércules con repisa más y más descoloridos hacían esfuerzos por sostener la agrietada cornisa cuyo peso parecía aplastarles, y sin embargo de hinchar desesperadamente sus empobrecidos músculos, no habían podido impedir que se cayese á trechos la cal de la pared. Los emperadores romanos no estaban en mucho mejor estado, y aunque en sus hornacinas afectasen un semblante fanfarron y triunfante, habían perdido quien su corona, quien su cetro, quien su púrpura. El encañado pintado en la bóveda había desaparecido á trozos con esta, y las lluvias de invierno, filtrando á través de las grietas, habían *geografiado* nuevas Américas al lado de los antiguos continentes y de las islas ya trazados.

Aquel destrozo del que Sigognac, antes de salir de su castillo, no hacía gran caso, le impresionó en gran manera y le sumergió, á medida que iba subiendo, en la más profunda melancolía. En él veía la inevitable y fatal decadencia de su raza y se decía:

—Si esta bóveda pudiese experimentar algún sentimiento de piedad por la familia que hasta hoy ha abrigado, debería hundirse y aplastarme aquí mismo.

Llegado á la puerta que conducía á las habitaciones, Sigognac tomó la lámpara de manos de Pedro, á quien despidió para que no fuese testigo de su emoción.

El Barón atravesó lentamente la primera sala donde tuvo lugar, algunos meses antes, la cena de los cómicos. El recuerdo de aquel animado cuadro la hacía todavía más lúgubre. Turbado por un instante, el silencio parecía haberse instalado otra vez en ella para siempre más triste, más profundo, más formidable, y en sus ámbitos cualquier sonido resonaba de un modo extraño. Iluminados por la débil luz de la lámpara, los retratos, acodados en los empañados marcos de sus cuadros como si estuviesen en un balcón, se hacían inquietantes. No parecía sino que quisiesen arrancarse del oscuro fondo de la tela para acercarse á saludar al desgracia-

do vástago. Una vida espectral animaba aquellas antiguas efigies: sus pintados labios se movían murmurando palabras que en defecto de las orejas oía el alma; sus ojos se levantaban tristemente al techo y, en sus barnizadas mejillas, el sudor de la humedad se condensaba en gruesas gotas que la luz hacía brillar cual lágrimas. Las almas de los antepasados erraban, de fijo, en torno de aquellas imágenes que representaban la forma terrenal que habían animado en pasados tiempos, y Sigognac sentía su presencia invisible en el horror secreto de la semi oscuridad que le envolvía. Todas aquellas figuras con corazas ó almohadillas tenían un aspecto lamentable y desolado; todas, excepto el último retrato, el de la madre de Sigognac, que parecía sonreír. La luz precisamente daba en él, y, sea que la pintura más reciente y de mano más experta causase ilusión, sea que efectivamente el alma acudiese á vivificar tal apariencia, el retrato tenía un aire de ternura confiada y risueña que admiró á Sigognac quien vió en ello un presagio favorable, toda vez que la expresión de aquella cabeza le había parecido siempre melancólica.

Por último Sigognac entró en su dormitorio y colocó la lámpara sobre la mesita en que yacía aun el tomo de Ronsard, que leía cuando vinieron de noche á llamar á la puerta del castillo. El papel, lleno de enmiendas, borrador de un soneto sin concluir, estaba en el mismo sitio en que le dejara. La cama, que no había sido rehecha, guardaba la huella de las últimas personas que habían descansado en ella. Isabel había dormido allí; su linda cabeza se había apoyado en aquella almohada, confidente Dios sabe de cuántos delirios.

A este pensamiento, Sigognac se sintió el corazón voluptuosamente torturado por un agradable dolor, si pueden emplearse juntas estas palabras enemigas por naturaleza. Su imaginación se representaba con vivos colores los hechizos de aquella jóven adorable; su razón, con voz importuna y desesperante, le decía que había perdido para siempre á Isabel, y sin embargo parecía ver, por efecto de una fantasmagoría